

texto **Víctor Raga**



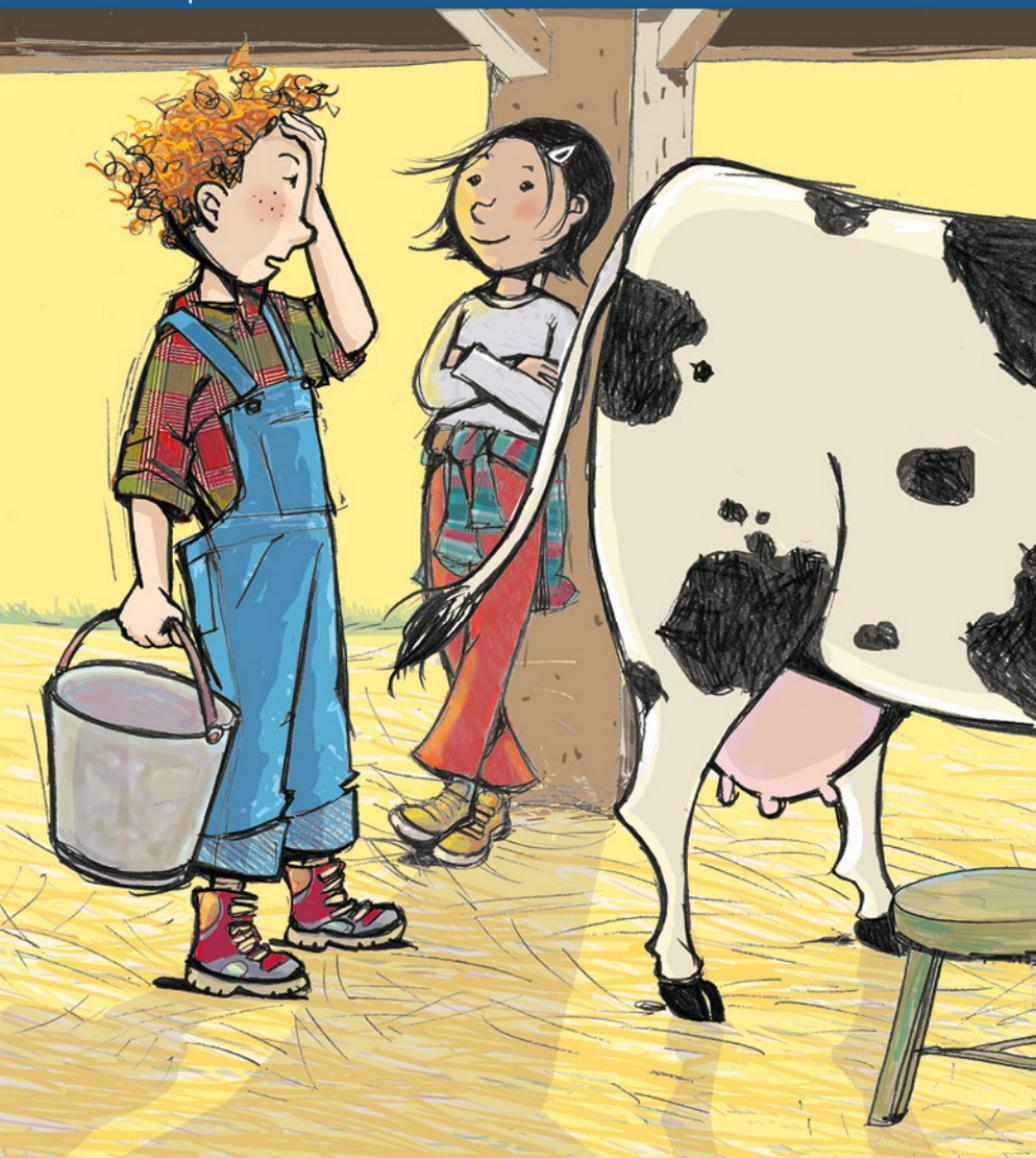
dibujos **Montse Español**

algar

Un día en la granja

2ª
EDICIÓN

Explora el mundo animal con el señor Cantalombardi



Una invitación inesperada

–Martín, Elena, quiero hablar con vosotros –dijo el señor Cantalombardi.

Estábamos en la terraza de su ático, haciendo los deberes. Muchas tardes vamos a su casa y nuestro amigo nos ayuda a resolver las dudas de Matemáticas, de Conocimiento del Medio o de Lengua. Y nosotros le ayudamos a trabajar en el invernadero. Tiene una barbaridad de plantas y cultiva semillas, y después

salen orquídeas, crisantemos y amapolas, unas flores que pierden los pétalos sólo con mirarlos. Un día le llevé un ramo de amapolas a mi madre, y ella se puso muy contenta porque me había acordado de su cumpleaños tres meses después, aunque la mayoría de los pétalos se habían caído. No sabía cómo agradecerme de tan contenta que estaba. Y es que a las madres les vuelven locas los detalles.

Elena y yo tenemos mucha suerte de tener un vecino como el señor Cantalombardi. Para nosotros es como un abuelo sin serlo. Pasamos mucho tiempo juntos, y nos enseña un montón de cosas. Un día nos enteramos de que se llamaba Aurelio, pero nosotros le llamamos así: señor Cantalombardi, porque tiene como un aire de maestro, aunque no pone ceros cuando dices una burrada ni te manda al despacho del director. A veces, al anochecer,



nos deja ver las estrellas con su telescopio, y nos cuenta cosas de los planetas y de las galaxias, y entonces te quedas mirando al cielo y es para volverse loco al pensar lo pequeños que somos. Pero después te comes un bollo de chocolate y todo vuelve a ser como antes. Y es que, como dice mi padre, la vida es así.

Bueno, ¿qué estaba contando? Ah, sí:

Aquella tarde estábamos resolviendo problemas de *Mates*, y de pronto sonó el teléfono. Nuestro vecino entró en el comedor de su casa, y al cabo de diez minutos salió, y fue cuando nos dijo que tenía que hablar con nosotros, que tenía un problema.

—Y yo —me adelanté—, yo sí que tengo un problema gordo, y la verdad, no sé qué operación tengo que hacer.

A continuación cogí el cuaderno y leí el enunciado en voz alta:



–Vamos a ver: «A mi fiesta de cumpleaños vienen 15 invitados, y tengo 82 pasteles. ¿A cuántos pasteles tocamos?», esa es la pregunta –dije.

Entonces Elena me dio una patada por debajo de la mesa que me hizo ver las estrellas. Le encanta hacer eso, para que veáis lo bruja que es. A todas horas me está diciendo que me quiere mucho y que quiere ser mi novia, y va llenando de corazoncitos con nuestras iniciales todas las paredes del colegio, pero la verdad es que tengo las piernas llenas de moratones por culpa de sus pellizcos de monja y de sus pataditas. Iba a devolverle la caricia en forma de bofetada, pero ella abrió unos ojos como platos y me señaló al señor Cantalombardi.

El hombre ponía cara de preocupado, como si tuviera la cabeza en otro sitio.

–Bueno, puede que no sea tan importante –dije–. Seguramente la solución del problema sea no invitar a tanta gente.

–No, Martín, hombre, piensa un poco –replicó él haciendo un esfuerzo de concentración–. Tienes ochenta y dos pasteles, y tienes que «repartirlos» entre quince invitados. ¿Qué tienes que hacer, si tienes que «repartirlos»?

–Es difícil –pensé–, en las fiestas de cumpleaños hay gente que come como una fiera, y después está siempre la tía que está a régimen porque se acerca el verano, o el que se apunta a última hora sin estar invitado. Huy, eso será un lío, de verdad, es mejor dejarlo estar.

El señor Cantalombardi sonrió. Eso es lo que me gusta de este hombre, que no pierde nunca el sentido del humor.

Elena, que a pesar de ser una bruja es una buena chica a veces, le cogió la mano.

—¿Qué le pasa, señor Cantalombardi?

—Estoy preocupado por una prima mía. Acaba de llamarme. Se ha caído y tiene el brazo dolorido, debe llevarlo un tiempo en cabestrillo.

—Yo tuve que llevar cabestrillo una temporada, y no podía hacer los ejercicios de *Mates* ni escribir ni una línea. No es tan grave, créame, al final te acostumbras —dije para tranquilizarlo.

—El problema, Martín, es que mi prima es granjera y vive sola. Encima, tiene una vaca a punto de parir. Es demasiado trabajo para una persona, más aún si está un poco incapacitada. Me he ofrecido a ir unos días a ayudarla —el señor Cantalombardi me señaló con el dedo—. Y así, Martín, ¿sabes qué pasará?

–¿Que se pondrá la mar de contenta?

–Sí, porque nos *repartiremos* el trabajo entre los dos, nos lo *dividiremos*, como los pasteles en la fiesta de tu problema, ¿lo entiendes ahora?

–Creo que sí.

–Muy bien, entonces, ¿ya sabes qué operación tienes que hacer para resolverlo?

–Bueno –pensé–, supongo que tengo que hacer una división, pero... creo que sería más sencillo si cogiera el teléfono y suspendiera la fiesta.

El señor Cantalombardi se echó a reír y Elena dijo:

–Yo no he estado nunca en una granja. No he visto una vaca lechera al natural, sólo en las *pelis*.

–En el zoo tienes todas las vacas que quieras –comenté–. Un día fui con mis padres y estaba lleno de animales.

Elena puso los ojos en blanco.

—A ti sí que tendrían que meterte en un zoo, Martín, al lado de los monos.

—¿Qué he dicho yo ahora?

—Vamos a ver, ¿tú sabes de dónde viene la leche?

—¡Ya estamos, qué pregunta! ¿De dónde quieres que venga? Eso lo sabe todo el mundo. De Mercadona.

—¿Qué?

—Bueno, de todos los supermercados en general, no hace falta que seas tan puntillosa.

—Y de la botella, ¿no, pedazo de burro? ¿No viene de la botella la leche?

—De la botella o del *brik*, lista, que eres una lista.

Elena se llevó la mano a la frente. Le encanta dramatizar las cosas.

–Supongo que también crees que el jamón no viene del cerdo, sino de la nevera, ¿verdad?

–Ya sé de dónde viene el jamón, y que la leche viene de la vaca y no de la botella también lo sé, no soy un mono ni un burro, es una manera de hablar.

–¡¡¡Oh!!! –exclamó–, ¡mira que llegas a ser animal!

–Y tú, boba, que hablas como si fueras un libro –puse su voz y la imité–: «Oh, mira que llegas a ser... ser...».

Me daba tanta rabia que no me salían las palabras.

–Vamos, vamos, no discutáis, que los dos tenéis una parte de razón –nos dijo el señor Cantalombardi–. Mira, Martín, las personas nos relacionamos con los animales de diversas maneras. Los que viven cerca de noso-

tros se llaman domésticos, incluso algunos de ellos se llaman de compañía porque viven en nuestras casas o nos son de alguna utilidad, como los perros lazarillo que están adiestrados para ayudar a las personas ciegas. Y después están los animales salvajes, que viven libres en la naturaleza, excepto los que están en los zoos. Pero no hay vacas en los zoos, Martín. Las vacas no son animales salvajes.

–Pero no viven en las casas.

–Que tú no tengas una vaca, una cabra o un pollo en casa, no quiere decir que no sean animales domésticos –dijo Elena.

–Desde hace miles de años estos animales han convivido con los humanos y nos han ayudado mucho y nos han dado alimento, por eso se llaman domésticos –explicó el señor Cantalombardi.

–Hombre, visto así, incluso un cerdo podría ser un animal doméstico, ¿no? –dije.

–Sí, claro.

–¡Oh, me encantaría ir a una granja! –volvió a exclamar Elena.

¡A la señorita le encanta hablar así! «Oh, qué maravilloso es el campo», «me encantaría blablablá, blablablá» y cosas por el estilo, como si fuera la princesa de Mongolia. Tendría que ser *actora*, la verdad, porque mira que le gusta hacer teatro.

–¿Y por qué no venís conmigo? –nos preguntó de pronto el señor Cantalombardi.

–¿A la granja?

–¡Oh, sería maravilloso! –dijo Elena–. ¡Qué ilusión me haría si pudiéramos!

«¡Oh, sería maravilloso!». ¿Qué os había dicho, eh? ¿Da ganas de vomitar o no?

–¿Y tú qué dices, Martín, te apuntarías?

–No, gracias. No se lo tome a mal, señor Cantalombardi, pero no cuente conmigo. Puedo llegar a entender que los jamones vienen de los cerdos, pero no tengo ganas de pasar un fin de semana en su compañía, por muy domésticos que sean.

–En realidad, tendríamos que salir mañana viernes por la mañana.

–Y encima viernes, no creo que mis padres me permitieran perder un día de clase.

–Pero el señor Cantalombardi es casi como un profesor –dijo Elena–, nuestros padres estarán muy contentos de que pasemos unos días en una granja. Se aprenden muchas cosas en las granjas.

–Lo siento, pero no cambiaré de opinión –dijo, y enseguida cogí los ejercicios de *Mates* y me fui a casa a la carrera.



Me dan asco los animales. Me dan miedo los animales. Por nada del mundo pasaría una noche en una granja, ni por todo el oro del mundo. Y esta era mi última palabra.